

Favorables

Raúl Rivero

Dos, mariposa

A LEJANDRO YARINI, EL LEGENDARIO GIGOLÓ HABANERO DE PRINCIPIOS DEL siglo XX, perdió a la mujer más atractiva de su escuadra de San Isidro porque no pudo descifrar el verso que le puso sobre un número de la charada china su colega francés, Luis Lottó.

Se la jugaron en un salón alumbrado por faroles chinos. El extranjero escribió en una pizarra el número nueve y dibujó un pequeño elefante. «Del cinco al diez —gritó—. Y el verso es éste: el músico cuya flauta no toca».

Yarini se concentró. Estaba, desde luego, de espaldas y con un pañuelo blanco sobre sus ojos. Después de unos minutos de tensión dijo resueltamente: «el muerto».

La santiaguera, una mulata de ojos claros llegada directamente desde Los Hoyos, la joya del prostíbulo y el amor secreto del cubano, metió sus ropas en una maleta de cartón y se fue en un coche con Lottó.

Ahora, que está comenzando el siglo XXI, esos números y sus significados en la charada siguen acompañando la vida y la suerte de miles de cubanos que buscan revelaciones y cábalas para cortar de un tajo las malas rachas y las penurias.

En Los Sitios, en Cayo Hueso, en Playa y La Habana Vieja. En Jatibonico, Cacocum y Sidra. En Batabanó y Santa Cruz del Norte. En El Cerro, Lawton y La Víbora, en todo el país, siempre hay alguien que amanece con el relato de un sueño.

Si se sueña con un tío muerto que pasa a toda velocidad en un caballo negro, se juega el uno o el ocho, o los dos. No el 18, porque en ese caso tenías que haber soñado con una ballena o un tiburón o un pargo fabuloso, y ya eso es «pescao grande».

Con un barco, aunque sea atómico, lánzate de cabeza con el 21, que es vapor. Una pesadilla en bicicleta, el 52. Una fantasía erótica con una monja, el 5. Si te ves en la sala de tu casa absorto en las alternativas de una mesa redonda, el 83, la tragedia.

Cuando juegas un peso cubano (22 por un dólar hoy por hoy) a un número fijo y sale, puedes ganar 75. Le pones cinco y recibes 400. Diez, y 800.

En diciembre se limitan las apuestas el día 4, porque es Santa Bárbara, y el 17, por San Lázaro.

En una época ya lejana se tiraba la bolita por las cifras sobre la marcha de la zafra que día a día ofrecía el periódico *Granma*. Luego, se jugaba por la lotería de Venezuela, por la de Santo Domingo, por no se sabe qué encuestas de una emisora de Puerto Rico y, en la actualidad, por una o varias estaciones de Miami.

Un carnicero de la calle Neptuno, que también era apuntador, usaba con sus clientes este truco simple. «Cualquier problema, caballeros, me llaman al 22 14 07». Allí estaban en orden los números premiados ese día.

Un viejo de Las Villas, que hace mudadas con un carretón, le pone al buey en el petril el número ganador, y en unas lonetas que cubren las paletas del animal, el segundo y el tercer lugar.

Para los cubanos «tener un chino atrás» es sinónimo de mala suerte, pero el chino de la charada, con sus grabados y sus números, tiene siempre un signo de emoción y esperanza.

Mírala tenderse

SON UNOS EJEMPLARES FASCINANTES. LOS PANTALONES DE PIEL O LOS VESTIDOS de lentejuelas; blusas y puloveres de marca a manera de espuma para el mar de cadenas; zapatos altos, severos, invernales o botas de cremallera de un kilómetro bajo el sol de Cuba. Está pasando una jinetera.

Salió muy temprano de un solar de Centro Habana y, desde entonces, lleva en los aretes un rayo de luz y calor que repasa los cráteres de las calles, los basurales, las columnas y los capiteles desabrochados por los derrumbes.

Viene de Europa y es un animal magnífico mientras se desplaza seguida por una nubecilla de More o de Marlboro por la calle que desemboca en la Oficina de Inmigración.

Es una aparición esplendorosa en medio de aquel mobiliario rústico y húmedo. Bajó de otra galaxia con sus anillos de oro y su reloj que recuerda una serpiente y está dando la hora de Roma.

Una gata de lujo. Esbelta, elástica, con un discurso mullido y popular que pretende ganar altura o distinguirse cuando irrumpen de pronto *caro, matina y dopo*.

Allí, sin tormento, porque ella va y viene y no tiene tema. Ya se ha paseado con su carcamal por todos los hoteles de lujo y los *cabareses*.

La gente que está en la sala, tensa porque no le acaban de dar el permiso de salida, porque no *baja* la tarjeta blanca. Para ella no hay cráneo, eso es solo el recuerdo de sus cabriolas de iniciación para salir de Cuba.

Ella es pura fantasía con sus lentes de Armani y la fragancia que la protege de las emboscadas de los malos olores y le facilitan regresar indemne del viaje a la semilla.

Ella, en la antesala del consulado, rodeada de personas que dudan y miran al cielo raso. Ella, la voz de la experiencia y del consuelo ante la joven pálida

que cada dos minutos se seca con un pañuelo blanco un bigote de rocío salobre: No seas boba niña, tú verás que resuelves.

Inconmensurable, con otro año de libertad en la cartera fucsia. Inmensa, un cartel en movimiento por las calles, un escándalo atrapado por la tela de araña del capitalismo salvaje, un desafío inocente, involuntario al letrero que le sirve de fondo. *Ni un paso atrás.*

Soberbia y distante después de los trámites ligeros, sin lucha porque ella no está en nada. Lo de ella es la alegría. La salación del barrio una vez al año (que no hace daño) y siempre tocando con algo a la gente que se quedó en el cuarto donde eran nueve y el elegguá, la Virgen del Cobre (y los tres juanes), Babalú Ayé (con unos cuantos perros) y el Sagrado Corazón de Jesús.

Libre, fenomenal, sin necesidad de fingir en público que la entusiasma el hecho de que una bandera sindical recorra las provincias orientales. Feliz porque no tendrá que aplaudir ni cantar himnos.

Ajena a que es libre y feliz por todo eso. La muchacha se aleja en su vitrina (las vitrinas pueden ser jaulas disimuladas), y en su desdén olímpico por el escenario en que se mueve, cualquiera vería cierto abandono y amargura. Cualquiera vería la agresividad congénita del animal en cautiverio. Por muy fascinante que sea.

Tinta rápida

BAJÓ A IGNACIO AGRAMONTE DE SU CABALLO Y A JOSÉ MARTÍ DE SUS pedestales con unos artículos lúcidos y hondos. Descubrió para el gran público a Bola de Nieve y a Rita Montaner. Publicó la primera entrevista con Rosendo Ruiz y enfrentó la muerte de Benny Moré con esta frase: «los dioses mueren jóvenes».

Era un mulato camagüeyano, bachiller y linotipista, aspirante a doctor en leyes, fundador de una mirada que vio a su país y a la poesía con óptica diferente. Firmaba sus poemas y artículos con dos palabras agudas: Nicolás Guillén.

El poeta que es, la trascendencia de su obra y la originalidad con que se inscribió en la literatura, han dejado casi debajo de la alfombra su vasta labor periodística hecha durante años, semana tras semana, en impecables notas de opinión, donde defendía con elegancia las ideas que sustentaba. Allí estaban siempre sus puntos de vista de hombre de izquierdas, junto a su pasión por la cultura cubana, con una obvia inclinación por los elementos de procedencia africana.

Así, en enero de 1930, dio a conocer en *El Diario de la Marina* de La Habana, la conversación que sacó del anonimato al gran músico popular Rosendo Ruiz. Ese mismo periódico, dos años antes, había publicado una página con sus «Motivos de son».

Con los trabajos sobre Agramonte, Guillén busca una visión integral del patriota. Presenta a sus lectores, en 1963, al Agramonte demócrata, liberal,

asambleísta de Guaimaro, porque, en su opinión, esa faceta «yace distraída por el laurel épico, por el bronce de los clarines, sin que la gente pueda descubrirle el enérgico perfil ciudadano».

Algo similar hace el periodista con la figura de José Martí. A éste lo humaniza, lo pone a beber días enteros vino Mariani, porque «comía poco», aunque «ordenaba una comida admirable». Martí amó —dice—, padeció, vivió, en fin, en carne y espíritu. ¿Por qué desfigurarle cuerpo y alma?

Este desenfado, esta libertad para trata con los fundadores, es una de las carencias más notorias de lo que ahora llaman aquí periodismo, propaganda impura donde el oficio hace de institutriz y no de resorte para la búsqueda y la investigación.

Ese es el tono desalmidonado y directo con que el articulista habla de Fernando Ortiz, Raúl Aparicio, Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Juan Francisco Sariol, Eliseo Grenet, Virgilio Diago, Hernández Catá, Rómulo Lachatañeré, Martín Morúa Delgado y Rafaela Chacón Nardi, entre otros.

Ancho es también el universo donde Guillén publica sus piezas. Además de las páginas del periódico *Hoy*, su sitio natural, aparece en *Ella*, *Orbe*, *El Mundo* y *El Nacional de Caracas*, bajo la rúbrica de su sección fija «Semanario Habanero».

Ahora que Guillén acaba de cumplir 99 años, una buena manera de recordarlo es volver sobre su periodismo que, al menos a mí, me parece abierto y democrático, como el mar.